

Katherine Pancol

**TRES BESOS**

Traducido del francés por Julia Alquézar

Título original: *Trois baisers*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Albin Michel, 2017

© de la traducción: Julia Alquézar Solsona, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-270-8

Depósito legal: M. 26.602-2018

Printed in Spain

*Para ti...*



Partamos, con un beso,  
hacia un mundo desconocido.

ALFRED DE MUSSET



# Primera parte





Las siete y diez. Suena el despertador. Los brazos de Mickey tapan la esfera y se agitan, sus delgadas piernas pedalean. *Get up, get up*, ganguea. Stella golpea la cabeza de Mickey y abre los ojos.

Enseguida vuelve a cerrarlos.

Recurre a todas sus fuerzas para mantenerlos cerrados. Peligro, peligro. No te muevas. Casi ni respires. No desplaces el codo izquierdo de la almohada, mantén el derecho apoyado en la cadera. No te rasques el párpado, aunque te pique. Haz como que duermes, que no estás allí, que no eres tú la que tiembla bajo las sábanas.

Él ha vuelto.

Unas bolas de algodón explotan en su garganta. «No es posible, no puede haber vuelto. Todo va bien, cálmate.» En septiembre, Tom empezó a ir al colegio y de eso no hay la menor duda, solo ha cambiado de vocabulario y de gominas. Adrian trabaja en la Ferraille, Edmond Courtois le confía cada vez más tareas, aprende sobre gestión, los mercados, viaja al extranjero... Desde hace poco, tiene pasaporte francés, europeo, a nombre de Adrian Kosulino. «Soy ciudadano del mundo», dice mientras sostiene el precioso documento entre las manos. Se ha comprado una corbata gris plata, un traje azul marino y unas camisas blancas de cuello italiano. Y un maletín. Léonie lleva faldas de flores y blusitas de encaje, y se maravilla cuando ve un herrerillo de cabeza azul o una

hoja roja que cae girando del árbol, y hace bordado y pasamanería en el taller de *patchwork*. Suzon se masajea los riñones mientras se queja de lo lejos que está el suelo, lee *France Dimanche*, ¡los líos de Johnny, la revancha de Vanessa, Michelle Obama triunfa en la tele! Georges comenta los chismes de Saint-Chaland cuando vuelve de la compra, se ocupa del jardín, la leña, los animales, el huerto, y lava su Kangoo roja los domingos antes de dejarse caer en el sofá delante del telediario.

Todos han recuperado sus rutinas.

«Todo va bien y yo estoy bien.»

Va a volver a abrir los ojos, a contar hasta tres y... «Me he equivocado. También es por mi culpa, sigo teniendo miedo a que vuelva.

»Ray Valenti está muerto. Murió en un incendio. Acuérdate<sup>1</sup>.

»¿Habrá sido por la llamada del notario?

»Ha dicho que había noticias, que teníamos que vernos.»

No le ha gustado nada.

La víspera había comido demasiado. Hacía buen tiempo, como una noche de verano en noviembre, un viento cálido rozaba el suelo, los perros descansaban echados sobre el costado, con la lengua colgando; «¡Vamos a celebrar mi gran contrato —dijo Adrian—. Venga, cenamos fuera, a la luz de las velas, y descorchamos unas botellas!» Aplaudió y pusieron la mesa en la terraza a toda velocidad, como en los dibujos animados. Sacaron los cubiertos, los vasos, los platos, el pan, el vino, el queso, la ensalada, el salchichón, el jamón, los pepinillos, los tomates y el guiso preparado por Suzon, y lo pusieron todo sobre el mantel a cuadros rojos y blancos. Tom añadió unas *cookies* y un helado Gervais de chocolate. Se sentaron, abrieron una botella de *mâcon*, ¡brindaron por el amor, por la vida, por todo! Tom dijo que la vida y el amor daban miedo. Así que

---

<sup>1</sup> El lector encontrará una relación de todos los personajes al final del libro (*N. de la A.*).

brindaron por los asnos, por las tortugas, por el loro, por el cerdo, por las gallinas, por los pollitos, por las patatas, por los perros, que se habían levantado y babeaban delante de la olla; gritaron «¡Que aproveche!» como si estuvieran declarando la guerra, con los tenedores levantados hacia el cielo y los codos clavados en la mesa. Se abalanzaron sobre los platos, devoraron el buey en salsa de limón confitado, partieron el pan con las manos y mojaron en la salsa, embadurnándose la boca de grasa; abrieron otra botella y, ahí va, un culín de vino para Tom, así se enteró de que era incluso mejor que la Coca-Cola; tomaron una bola de helado; mientras se frotaban el vientre suspiraron que habían comido mucho, demasiado. Stella tuvo que aflojarse el cinturón dos agujeros y soltarse los corchetes del sujetador. Con cuidado de que no la vieran. Habían cambiado al horario de invierno, estaba oscuro, fue fácil. «Soy una vaca gorda», pensó. Sintió vergüenza. Ganas de abofetearse. «Mañana dejo de comer —prometió y juró—. ¿Por qué como tanto?» Adrian le tendió la mano debajo de la mesa, ella no tuvo fuerzas para agarrarla, él la miró sonriendo, su sonrisa rápida, muy rápida, que decía: «Va, venga, vamos a la cama, te deseo, te deseo... Mañana recogeremos».

Lo dejaron todo tal cual y subieron a acostarse.

¿Habían comido y bebido, bebido y comido, para olvidar que el notario había llamado?

Por teléfono le había dicho:

—Necesito verla, es urgente.

—¿Cómo que urgente? —preguntó mientras se recogía un mechón rubio y se tiraba de los pelos de las cejas.

—Urgente. Las espero, a su madre y a usted. El sábado por la mañana.

—Pero, dígame...

Ya había colgado.

No. Come demasiado, eso es todo. Ha cogido cinco kilos. Y una talla más de sujetador. Su cuerpo se escapa a su control. Crece junto a ella. Pronto le hablará como a un extraño. Lo esconderá porque le dará ver-

güenza. Pronto tendrá que cerrar el peto naranja con imperdibles. ¿Por qué me atiborro así?

—Es la felicidad —dijo Adrian la otra noche mientras la atraía hacia sí—. Eso engorda.

—Entonces no quiero ser feliz —respondió.

—Repítelo —dijo endureciendo la voz, mientras la empujaba contra la pared—. ¡Repítelo! —Sus manos subían y bajaban a lo largo de su espalda.

Dijo que bromeaba y lo besó.

Y su boca seguía teniendo el mismo sabor a vértigo. Se agarró a él, no quería caer de inmediato.

Abre un ojo, no se mueve, espera, adormilada, temerosa.

Oye la respiración de Adrian. Un ligero ronquido que sube y baja.

Ya lo sabe. Lo sabe todo sobre ella. Querría que le explicara por qué esa mañana se quiere morir.

Pero ¿qué podría decirle a él, que tiene tantas ganas de vivir?

Encoge los hombros. Se prepara para encajar el golpe. Aspira aire para deshacer el nudo de la garganta, el nudo del pecho, el nudo del estómago. Sigue el camino de la respiración. Cruza los dedos para que no sea eso.

Esta densa tristeza.

Esta pena negra que no suelta la presa.

Y...

Él se aprieta contra ella. La inmoviliza en el colchón, le bloquea las piernas, le bloquea los brazos, «No quiero, no quiero», apaga la risa, roba los besos, los tira a la basura.

La desgracia ha vuelto.

Se sienta, deja caer la cabeza sobre el pecho, se enrosca sobre sí misma, se desliza suavemente fuera de la cama como si se dejara llevar.

Como si fuera ella quien decidiera.

La desgracia...

Baja a preparar el desayuno.

\*

—¡Y tú, el gallo! ¿Se puede saber para qué sirves? ¡Lo has visto todo y ni has rechistado! Has dejado que se las cargaran sin decir ni mu. ¿Sabes qué te digo? Que me das asco. ¡Solo vales para preñarlas! ¡Un enchufado y un fanfarrón! ¡Menudo tío estás hecho!

Detrás de la gran ventana abierta de la cocina, Adrian y Tom se sobresaltan al oír a Stella gritar las últimas palabras.

—Está enfadada —dice Tom, como si estuviera dando el parte meteorológico.

—No está enfadada —responde Adrian—. Está triste.

—No veo la diferencia.

—No te metas. Es entre ella y ella.

—Sí, pero recae sobre nosotros.

—¡Pásame el pan, hijo!

—¡Atento, que viene! Va a haber jaleo.

Una patada en la puerta y Stella aparece.

—Esta noche ha venido un zorro. Puede que fueran dos. ¡Una auténtica carnicería! ¡Hay sangre y plumas por todas partes! Han arramblado con las gallinas, han destripado a los polluelos. Hay rastros de sangre hasta el bosque. ¿Quién se olvidó de cerrar la puerta del gallinero ayer por la noche?

—¡Yo no! —gritan Adrian y Tom.

—¿Seguro? —grita Stella.

—Seguro —dicen a la vez.

Los ojos furiosos de Stella los atraviesan. Adrian y Tom no pestañean. Ella lanza un suspiro:

—Ha debido de ser Suzon... Habrá olvidado verificar que la puerta automática estuviera bien cerrada. ¡No hace más que joderla! ¡No piensa en nada! ¡Todo se le olvida!

Tom abre la boca para defender a Suzon: «Es vieja, no puede pensar en todo, ya hace bastante, siempre preparándonos sus ricos platos, ocupándose de los animales, del huerto, metiendo la leña en la estufa para

que no tengamos frío cuando nos levantamos... Tiene derecho a olvidarse de cerrar la puerta automática del gallinero».

Y después se ha callado.

A veces su madre le da miedo.

Stella se deja caer en una silla. Se pasa la mano por el pelo. Desde la muerte de Ray, se lo está dejando crecer. Le cae en mechones hirsutos, rubios, casi blancos, a cada lado de la cara. Las plumas de un jefe indio despeinado. Para dominarlos usa la gomina de Tom.

Desde la muerte de Ray, lleva una gargantilla de perlas multicolores.

Desde la muerte de Ray, se pasa los dedos por las cejas y se arranca los pelos uno a uno.

—¡Para! Vas a acabar por quedarte sin cejas —dice Tom.

—A ti te da igual que ya no haya gallinas ni polluelos...

—Pero nos quedan las que pusimos aparte, cerca del estanque...

También tienen pollitos —se atreve a replicar Adrian.

—¡Dos gallinas y tres polluelos! ¡Te contentas con poco! La granja os importa un pimiento a vosotros dos.

Tom mete la nariz en su tazón de leche con chocolate y el silencio se instala, amenazador. Se oyen unos hipidos provenientes de la caldera, que se ahoga y desacelera en un suspiro.

—¿Qué es eso? —dice Stella prestando atención.

—La caldera... se ha parado —responde Adrian mientras tuerce el gesto.

—¡Es lo que faltaba! Empieza el invierno. Si hay que cambiarla va a costar un ojo de la cara.

Hace una pausa y suspira:

—De todos modos, no tenemos dinero...

—A lo mejor vuelve a funcionar, ¿no? —dice Tom cruzando la mirada con los ojos cerrados de su padre.

Comprende lo que siente. Adrian se siente inútil porque no puede pagar una caldera. Inútil y avergonzado. Un padre de familia debe poder pagar una caldera.

—Date prisa en acabarte el desayuno, ¡vas a llegar tarde! —ordena Stella.

Tom vuelve a su tazón y lame la leche pegada en los lados.

—Y deja de comer como un cerdo. El tazón va a la boca y no la boca al tazón. Estoy harta de repetirlo. ¿Tienes la mochila preparada? ¿Podemos irnos?

—Pseee...

—«¡Sí, mamá!» ¡Joder! ¿Es que no puedes hablar correctamente?

Tom se levanta, aclara el tazón, se seca las manos en el trapo colgado de la barra del horno y sube a su habitación a coger la mochila. Adrian acaba de recoger.

—Hoy voy a París.

—Últimamente vas mucho a París. Espero que tengas buenas razones.

Se pone detrás de Stella, la abraza, murmura con la boca pegada a su oreja:

—Deja de estar enfadada, háblame, no puedo adivinarlo todo, tienes que darme una pista.

—¡Estoy bien, estoy bien! —protesta Stella mientras intenta soltarse.

Él la aprieta con más fuerza.

—¡No mientas!

Apoya la boca en el cuello de Stella. Stella se pone a temblar. Cruza los brazos sobre su vientre para dominarse. Cierra los ojos. Contiene la respiración.

—Ya se pasará...

Baja la cabeza. Rasca el suelo con la punta de las botas de trabajo. Unas enormes botas negras, redondeadas. Querría gritar, pero eso no haría que se fuera la desgracia. Es una mala bestia. Hay que pisotearla. Se esfuerza en sonreír.

—¿Qué haces hoy?

—Llevo a Tom al colegio y me voy a la Ferraille. Tengo que hacer dos cargamentos grandes. ¿Julie sabe que vas a París?

Adrian hunde la cabeza en su espalda.

La mece en silencio. Le pone la mano en el corazón para parar su galope.

—Va a ir bien, va a ir bien...

¿Por qué ha llamado el notario?